



Capítulo 464: Reina de las putas

El bosque parecía absorber cada palabra, como si el lugar en sí prosperara gracias a la interacción humana—o, en este caso, a algo cercano a ella. Los árboles retorcidos permanecieron quietos, mientras una espesa niebla se filtraba entre las raíces, como dedos curiosos que intentaban sentir el suelo.

Virgilio, ahora con Titania a la altura de los ojos, dejó que el silencio se extendiera lo suficiente para que ella comenzara a retorcerse, tratando de romper su agarre. Sus dedos, aunque firmes, no aplastaban; la firmeza residía más en la intención que en la fuerza física.

"Localízate," dijo, como si pidiera algo tan simple como un trago de agua. "Y dínos a dónde debemos ir."

Titania lo miró como si acabara de pedirle que le entregara su propia corona. Su expresión era una mezcla de incredulidad y desdén.

"¿Yo? ¿Me encuentro para ayudarte? ¡JA!" Ella echó hacia atrás la cabeza con una risa exageradamente arrogante. "No lo entiendes, mortal. No trabajo bajo las órdenes de... gente como tú."

Zuri, todavía en forma de serpiente sobre el hombro de Virgilio, arqueó una mirada de puro aburrimiento hacia el hada. "Será divertido verlo", murmuró suavemente.

Virgilio, por su parte, simplemente cerró los ojos por un segundo y, en un gesto lento, se llevó la mano libre a la cabeza. La agarró por la parte superior, ahuecando su pequeño cráneo con los dedos, y comenzó a balancearla de un lado a otro, como si sacudiera una pequeña pieza que funcionaba mal para ver si volvía a funcionar.





"¡PARA! ¡DETENER! ¡PARA!" Titania gritó, sus alas intentaban aletear, pero el movimiento sólo hizo temblar su voz de una manera casi cómica.

Vergil se detuvo abruptamente. Sus ojos dorados la fijaron como espadas silenciosas. Y luego, sin cambiar de tono, habló:

"Ponte a trabajar... reina guarrilla."

Los ojos de Titania se abrieron. Por un momento, pareció olvidar cómo respirar.

"¡TÚ—TÚ—TÚ, GUSANO SIN TÍTULO! VAS A—"

Ella no terminó. Vergil agarró su pierna derecha, la levantó como un juguete torpe y comenzó a girar. No lo suficientemente rápido como para doler, pero lo suficientemente rápido como para convertir la visión del hada en una confusión de árboles, cielo y tierra, repitiéndose a gran velocidad. Ella gritaba con cada giro, su voz subía y bajaba como un timbre desafinado.



"¡PARA! ¡DETENER! ¡POR AMOR A LAS ESTRELLAS, DETENTE!"

Virgilio obedeció. La soltó lo suficiente para que quedara colgada boca abajo, jadeando y mareada, con el pelo volando.

"Trabajo, Reina de las Putas."

Intentó recuperar la compostura, pero todavía se tambaleaba en el aire. Respiró profundamente y, con un suspiro casi teatral, respondió:



"¡No puedo! ¿Eres estúpido o simplemente insistes? ¡Este bosque... tiene una Matriz de Desplazamiento! ¡Un hechizo tan antiguo que ni siquiera yo puedo deshacerlo! Está diseñado para confundir, desorientar y encarcelar a cualquiera que entre. Incluso alguien de mi nivel no puede simplemente... irse."

El silencio que siguió no fue de incredulidad. Fue una cuestión de pura evaluación. Vergil no parpadeó, no comentó, simplemente la observó como si sopesara cada palabra que decía y decidiera si eran mentiras, medias verdades o una confesión involuntaria.

"Entonces eres inútil." La sentencia salió como una sentencia, seca y definitiva.

"¡Yo—NO—soy inútil!" Ella respondió inmediatamente, con los ojos parpadeando. "Puedo...al menos... localizar a cualquier enemigo dentro de un radio de diez kilómetros. Si quieres sobrevivir, te puedo decir qué viene, de dónde y con cuántos."



Virgilio inclinó la cabeza. Sus dedos se movieron, pasando de su pierna a sus alas translúcidas.

Titania se congeló.

"No. No. No toques eso. Si lo dañas, I—" Su voz fue estrangulada, más por miedo que por ira. "Esto es...todo lo que soy. Sin alas... no soy nada."

Zuri, desde su hombro, observó con interés clínico. "Ella no está mintiendo. Las alas de hadas son literalmente parte de sus almas."

"Genial," dijo Vergil, como si acabara de encontrar un par de alicates en una caja de herramientas.



"¿GENIAL?!" Titania casi se ahoga. "¡Eres un psicópata!"

"No," lo corrigió. "Soy eficiente."

La forma en que sostenía sus alas no era agresiva, pero había una presión calculada, casi científica —suficiente para recordarle que podía arrancarlas en un segundo, pero no lo suficiente para causarle dolor... todavía. Tenía los ojos fríos, pero el gesto transmitía un mensaje más cruel: no tenía por qué odiarla para destruirla.

Titania respiró profundamente, tratando de recuperar el control. Su voz estaba baja, pero todavía cargada de desafío. "Si me dejas ayudar, puedo hacer que la travesía sea menos... mortal. Pero si sigues tratándome como a un juguete roto, acabarás solo... o muerto."

Rize, que hasta entonces había estado observando en silencio, dio un paso adelante. Su mirada se fijó en el hada como la de un depredador que encuentra un animal herido. "Eso es todo, ruega a mi amo que viva. Así debe ser... Mi amo es supremo."



Vergil no respondió de inmediato. Se inclinó un poco más, con el rostro tan cerca del de Titania que ella podía sentir su aliento.

"Diez kilómetros," repitió, como si le hubiera grabado la promesa en la mente. "Nada menos. Y si intentas hacer trampa..." La presión sobre sus alas aumentó por un segundo, lo suficiente como para hacerla temblar. "...descubrirás lo que significa perder más que la libertad."

Él la liberó. El hada cayó levemente, batiendo sus alas en un reflejo desesperado por estabilizarse en el aire. Ella lo miró fijamente, pero había algo nuevo mezclado: precaución. Quizás incluso miedo.

Virgilio le dio la espalda, como si la conversación hubiera terminado. "Vamos."

Titania la siguió, pero ahora a unos metros de distancia, sus alas emitían un brillo apenas perceptible mientras comenzaba a rastrear la energía que la rodeaba. Incluso tratando de mantener su postura de reina, su voz vacilaba ligeramente mientras hablaba:

"Hay tres... no. Cuatro presencias... al oeste. Acercándose lentamente. No parecen humanos. No se parecen a... nada que haya visto antes."

Zuri miró a Vergil y su cola se balanceaba ligeramente. "Tal vez no sea tan inútil después de todo."

Vergil siguió el ritmo. "Ya veremos."

Rize sonrió, manteniendo el ritmo. El sonido distante de los pasos —o algo equivalente a pasos— comenzó a mezclarse con el susurro de las hojas y la respiración agitada del bosque. Titania, incluso tratando de mantener lo que quedaba de su dignidad, miraba por encima del hombro cada dos segundos.

"Si esas cosas se acercan demasiado..." ella empezó.

Virgilio no miró atrás. "Me lo dirás primero."

El hada frunció el ceño. "¿Y si no lo hago?"

Finalmente giró la cabeza y sus ojos dorados se encontraron con los de ella por un breve momento. No hubo ira, ni amenaza verbal—sólo un silencio





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

pesado, lleno del tipo de certeza que hizo que su cuerpo reaccionara por sí solo, sus alas encogiéndose reflexivamente.

"...entendido," murmuró, apenas audible.

